

Índice



Introducción. Tengo dos cabezas	9
1. 1966-1983.....	13
2. 1983-1985.....	21
3. 1985-1986.....	29
4. 1986.....	35
5. 1987.....	43
6. 1988.....	49
7. 1989.....	59
8. 1990-1991.....	69
9. 1992.....	77
10. 1993-1994.....	85
11. 1995-1996.....	95
12. 1997-1998.....	105
13. 1998-2000.....	111
14. 2001-2002.....	121
15. 2003-2005.....	131
16. 2005-2007.....	143
17. 2007-2009.....	153
18. 2010-2012.....	163
19. 2012-2014.....	171
20. 2015-2017.....	177
Epílogo.....	185
Agradecimientos.....	187
Bibliografía y fuentes consultadas	189

Introducción



Tengo dos cabezas

¿Alguien se acuerda de cuando tenía catorce años? Séptimo, octavo curso. Los juegos empiezan a quedar atrás devorados por ese irracional mal humor adolescente, los sueños sexuales diurnos, el sarcasmo a la defensiva y la absurda sensación de que eres más sabio y astuto que todos los adultos que te rodean. Tu cuerpo, el instrumento para encarnar una osadía que parece implacable pero que, en un segundo, se transforma en una inseguridad y una cobardía que hacen que la idea de vivir parezca algo eterno e insoportable. Mucha, mucha energía desperdiciada. En algún momento de la adolescencia, y sin que se tratara de una determinación meditada y madura (más bien un patrón de conducta espontáneo por acorralamiento), decidí vivir en la retaguardia. Que nadie me viera, que nadie supiera que estaba ahí. Creía que podía disolverme hasta ser imperceptible si no miraba a los ojos de la gente y no abría la boca; sin molestar a nadie en un rincón. Ser tímido y *además* un nenaza era una provocación directa para los quinceañeros más cerriles, así que decidí deslizarme como un gusano por todos los sitios para no llamar la atención. Era un chaval aturdido y que se sentía muy solo, pero de ese pánico a existir y a conocer el día de mañana salió algo bueno: había empezado a educarme seriamente consumiendo cada vez más discos. La música que descubrí es lo más leal que conocí durante esos años.

En enero de 1998 aún no había cumplido los catorce pero me faltaba muy poco. Desde que era pequeño, mi padre solía escuchar Radio 3 mientras trabajaba en casa y yo hice mía la emisora cuando me di cuenta de que sonaban las cosas que cazaba al vuelo en la televisión (entonces el programa



musical *Sputnik* de Canal 33 era diario) o en las primeras revistas musicales que me compraba. Así que ya había adquirido el hábito de estar pendiente todas las noches de lunes a viernes del *Diario Pop* de Jesús Ordovás, uno de los programas más emblemáticos de la parrilla de Radio 3, que en esa época duraba hasta la medianoche. Tenía el radiocasete encima de la mesita, uno de doble pletina que hacía un ruido terrible cuando giraban las ruedas; según el sueño que tuviera me metía en la cama con los auriculares y escuchaba la radio hasta que aguantaba. Muchas veces lo dejaba grabando y luego me despertaba el estruendo de la pletina parándose cuando ya no quedaba cinta.

Una de esas noches, Ordovás anunció nada más acabar la sintonía que Kristin Hersh estaba en el estudio e iba a entrevistarla. No había escuchado nunca una canción suya, pero me imagino que al haberla visto mencionada en las revistas vinculada a Pixies y al sello discográfico 4AD —“cosas” que sabía lo que eran hacía solo escasos meses— llamó mi atención y apreté “PLAY + REC” a ciegas en cuanto empezó a sonar “Shake”, un tema del disco que presentaba entonces, *Strange Angels* (segundo en solitario y primero desde que su banda Throwing Muses tuviera que dejar de funcionar por estar en bancarota en 1997). No conservé la entrevista, pero “Shake” se quedó conmigo al principio de la cara A o B de esa cinta y aprendí a tocarla con la guitarra. La libreta donde apuntaba cronológicamente los discos que me compraba revela que tardé un poco en empezar a coleccionar los de Kristin, pero en un año me hice con *University* (1995) y *The Real Ramona* (1991) de Throwing Muses. Todavía no tenía ni idea, pero había empezado por lo más fácil. Cuando llegué a los primeros álbumes de la banda y a la vez empecé a absorber los de Kristin Hersh, ya estaba absolutamente cautivado por el lenguaje de una personalidad única. Se convirtió en aquel tipo de artista que íntimamente sientes como tuyo; alguien cuya manera de articular las emociones resonaba enseguida en mi sistema nervioso y gracias a quien di estirones de madurez, como el que padece una fiebre, cada vez que me planteó incógnitas con su narrativa.

En una situación muy distinta, a sus catorce años Kristin Hersh estaba en Rhode Island (en la región de New England, al noreste de los Estados Unidos), convenciendo finalmente a su hermanastra Tanya Donnelly para que formase un grupo musical con ella. Las primeras maquetas que grabaron en 1983 y 1984, digitalizadas ingenuamente por un seguidor del grupo que las compartió con los demás en la red hace más de una década, son un documento histórico que Hersh deseó que nunca viera la luz, pero que es

testimonio de su precocidad. Tienen un tono inequívocamente juvenil, es cierto, pero nada en ellas me parece objeto de rubor. ¿Cómo podía sentirse avergonzada cuando las grabaciones retratan a una banda con una personalidad tan marcada, tan temprano? Yo estaba tan asombrado como muerto de envidia. Escuchando las canciones intrincadas que compusieron mientras estaban en el instituto, aunque parezcan anecdóticas, es comprensible que solo un par de años después Throwing Muses pudieran entregar un disco de debut tan maduro y desarmante al sello británico 4AD, que hizo de la banda su primer fichaje americano a finales de 1985.

Throwing Muses fue solo el principio de una carrera de fondo que ya suma más de treinta años especialmente prolíficos: Hersh ha destapado ángulos obtusos en la música rock y folk armando decenas de discos entre esa primera banda, su producción en solitario (una faceta que desarrolló tras editar un primer álbum acústico de manera casi fortuita) y 50FootWave, un segundo grupo que fundó en 2003. Pionera en el uso de Internet para acercar su música al público y defensora de la creatividad compartida por encima del comercio, junto a Billy O'Connell —que fue su mánager y marido durante más de dos décadas— ha llevado a cabo proyectos incontables para organizar una alternativa sostenible a la industria musical corporativa que permitiera al músico establecer un vínculo de comunicación y financiación directo con sus oyentes; una búsqueda que abarca desde la creación de la empresa de venta de entradas Virtuous al lanzamiento de la plataforma CASH Music en 2007. Desde mediados de la década de los 2000 también ha desarrollado su faceta de escritora, algo para lo que se le intuía talento escuchando la vis cómica con la que explicaba historias en sus conciertos mientras afinaba la guitarra.

Si desplegamos su trayectoria brotan ramas que nos llevan a la escena musical *underground* de Providence y Boston a mediados de los años 80; al auge y caída del rock alternativo post-Nirvana; a las muy distintas oficinas del sello de culto 4AD y de la multinacional Warner Brothers —con la que Throwing Muses ficharon en América— y a la progresiva muerte de la industria discográfica más ruin con el cambio de siglo. Nos llevan a Pixies cuando aún no habían viajado a Europa y a The Breeders cuando eran un divertimento de Tanya Donnelly y Kim Deal; a Belly y a Lakuna, las bandas de Donnelly y el batería David Narcizo. Nos llevan a Vic Chesnutt, Michael Stipe, Bob Mould, Lenny Kaye, John Doe, Andrew Bird o Howe Gelb, todos colaboradores, amigos y admiradores del trabajo de Kristin. Nos lle-

van a la búsqueda de remedios para aliviar los síntomas de una bipolaridad mal diagnosticada en 1985 y a unas canciones que se componían solas a las cuatro de la madrugada; a la pérdida y a la desorientación; a los golpes de suerte y al trabajo duro, la única constante. ¿Y nadie había puesto en orden todo este bagaje?

En 2004, sin saberlo, empecé a escribir el libro que deseaba leer sobre la obra de Kristin Hersh. Revisando varias entrevistas que guardaba, me puse a juntar las citas por temáticas con la intención de montar una historia oral de todas sus etapas que pudiera consultar cuando me apeteciera. Me maravillaba el humor modesto con el que se manejaba en las conversaciones con los periodistas, la inteligencia y humildad con la que exponía su filosofía o simplemente comentaba cosas cotidianas. Poco a poco y conforme mi vínculo con su música se consolidaba, coleccionar información y organizarla se convirtió en una costumbre, hasta que tuve el esqueleto de lo que ha acabado siendo *Peace Isn't Quiet*. Quizás, viendo todo esto en orden, la historia adquirirá las dimensiones necesarias para concluir que estamos ante una de las artistas más relevantes de nuestra época, con una visión singular que no ha dejado de expandir. Una vez me dijeron de broma si me había graduado en la trayectoria de Kristin Hersh. Probablemente esta sea la tesis de una carrera que me fascina.

1

●

1966-1983

*“Juegas con tu nombre en el disco; tienes una canción que se llama ‘Christian Hearse’”, le comenta el locutor John Kennedy a Kristin Hersh, que está en los estudios de la emisora XFM en Londres promocionando uno de sus discos más ambiciosos y profusos, *Learn To Sing Like a Star*, en enero de 2007. La canción a la que se refiere, un pequeño instrumental de guitarra que tiene las cuerdas armadas con tallos de hoja secos y quebradizos, es un instante de sed polvorienta en un álbum que ofrece todo lo contrario. “La gente pronuncia mal mi nombre, lo dice así”, dice ella entre risas. “Christian Hearse es el nombre artístico de mi hijo [el mayor, Dylan] y él tocó esa canción”. Kristin le pescó a traición tocando en la cocina de los estudios Stable Sound, donde ha grabado la mayoría de sus discos, ajeno al hecho de que su madre había serpenteado en la habitación con un micrófono de ambiente. “Si hablase podría haberse quejado, pero no habla. Está en tres grupos de punk-rock. Hace ruido, no necesita hablar. No sé de dónde lo habrá aprendido...”.*

Martha Kristin Hersh nació el 7 de agosto de 1966 en Little Five Points, Atlanta (la capital de Georgia, al sur de los Estados Unidos) y se crió rodeada de música. Su padre, William James Hersh, a quien se refiere desde niña como Dude (colega), sabía los acordes necesarios para poder tocar con la guitarra las canciones de Bob Dylan o Neil Young y escribía las suyas propias por placer, pero con ellas nunca hacía nada. “Probablemente me habré referido a él como ‘papá’ porque es mi padre, pero todo el mundo le llama *Dude*, incluida yo”, explicaba Kristin en 2016. “No creo que estuviera preparado para el rol de padre o el de abuelo, así que es el ‘colega’ para todos, para eso sí que estaba preparado (risas)”. Definido una vez por su hija como un cruce entre el Doctor Who y el entrañable Reverendo Jim de la teleserie estadounidense

Taxi.¹ Dude tenía el doctorado en filosofía y “estaba, básicamente, sobrecualificado para todos los trabajos que existían. Así que trabajaba en [la cadena de restaurantes] IHOP lavando platos (risas), y también trabajó de chico que repelía a los mosquitos en un autocine. Llevaba una de esas pequeñas mochilas en la espalda y le tiraba spray a todo el mundo (risas)”.

Tanto él como su madre Crane Anderson —una futura maestra de personas con dificultad de aprendizaje cuya familia tenía antepasados en el sur de Escocia— crecieron en Lookout Mountain, un pueblo de apenas dos mil habitantes cerca de Chattanooga, la sede del Condado de Hamilton (Tennessee). Allí aprendieron las canciones de folk tradicional de los montes Apalaches que le cantaban a Kristin de niña y que constituyen su primer recuerdo musical importante. “Son tenebrosas y retorcidas; aunque de origen celta, son canciones de folk blanco y pre-country”, explicaba en 1999. “La mayoría de veces hablan del matrimonio, supongo que porque antiguamente era un asunto mucho más importante; era permanente y significaba un cambio en el estilo de vida. En algunos temas la mujer no quiere casarse con el hombre así que él la mata; en otros, el hombre no quiere casarse con la mujer y ella se suicida”. Dude y Crane no recibieron una educación estricta pero sí marcada por la religión entendida según los Bautistas del Sur. La abuela materna de Kristin en particular era una fanática de Jesucristo y ponía a prueba a su nieta con historias elegidas de la Biblia, pero a la vez la definió como “un perfecto ejemplo de qué puede hacer de ti la parte sureña de América. Estaba chiflada, era gentil, democrática y violenta de una forma peculiar, como las canciones que cantaba”. Según Kristin, cuando sus padres fueron mayores de edad enloquecieron, “se casaron y se convirtieron en completos *hippies*, no se me ocurre mejor forma de decirlo (risas)”.

Los Hersh se instalaron en una comuna (“un establo gigante lleno de *hippies*”) situada en New England, una zona muy cercana a Lookout Mountain. Allí tan pronto recibían la visita de las enormes ratas del bosque como de Allen Ginsberg, quien escribió un poema improvisado para Kristin en la misma época en que fue con sus padres al festival de Woodstock, con tres años recién cumplidos. En la comuna ordeñaban a las cabras y cultivaban sus propias verduras mientras el LSD circulaba alegremente causando estragos.

1. La serie *Taxi* se emitió en la cadena ABC entre 1978 y 1983. Gracias a Christopher Lloyd el personaje no se quedó en la caricatura de un típico *hippie* de los años 60, dándole el actor una mayor profundidad y humanidad.

Kristin recuerda que, un día cualquiera, una de sus niñeras podía ponerse en medio del parque a gritar algo como “¡Mira las ostras!”. De forma gráfica y divertida lo resumía en una entrevista de 1986: “Yo era la única cría, aparte de otro niño que venía de visita. Para que la comuna fuese una institución legal tenían que llamarlo ‘facultad’, cosa que no era porque estaban todos colocados de ácido continuamente. Uno intentó escribir ‘Be Together’ en la pared,² pero era tan encefalograma plano que escribió ‘Be a Tog Eater’. Ahí es donde aprendí a deletrear”.

Como contraste, las temporadas vacacionales que pasaba con sus abuelos (que se mudaron de Lookout Mountain a Shady Circle, todavía en Tennessee), tenía que asistir a catequesis y “plantar girasoles para Jesús, mientras mi abuelo disparaba a las ardillas por la ventana. Estaba convencido de que había una que siempre iba a por sus melocotones”. El cambio importante vino cuando su padre consiguió trabajo como profesor en una facultad muy liberal llamada Universidad Salve Regina y la familia se dirigió hacia el norte para instalarse en Newport, Rhode Island (comúnmente conocido como Aquidneck Island). “Me dejaron claro desde niña que no era una *yankee* y nunca lo sería, viviéramos donde viviéramos. Toda mi familia estaba en el sur, yo era educada, amable y la quietud de los árboles de la zona le daba el aroma perfecto al aire. (...) En el norte la gente es más dura”. De repente, con seis años, se encontró viviendo en un entorno más arisco. Si en Newport la gente tenía buen corazón, su frialdad no dejaba entreverlo de buenas a primeras. Solían tomarla con ella por su marcado acento y Kristin fue entendiendo que los extranjeros tenían que probar su valía para ganarse la amabilidad de los habitantes de Rhode Island. “Viví en Georgia el tiempo suficiente para tener un acento gay sureño. Rebaja mi coeficiente intelectual unos veinte puntos. Pero no lo puedes oír a menos que esté borracha”.

Mientras en casa sonaban discos de The Doors, Bob Dylan, The Velvet Underground, Neil Young y Stevie Wonder (suyo es el primer disco que Kristin se compró con su dinero, *Songs In the Key of Life*), su padre daba clases de mitología indio-americana, yoga y budismo zen. Dude y Crane se habían convertido al budismo a mediados de los años 60 e inculcaron a sus hijos (había nacido ya el segundo, David) las enseñanzas de dicha doctrina, que encajaron mejor que las tareas cristianas de la abuela Anderson. “Mis padres no me trataron como si hubiera algo en el mundo que no pudiera

2. En entrevistas posteriores donde menciona esta misma anécdota, Kristin aclara que el personaje en cuestión lo escribió en un paracaídas que cruzaba el techo como decoración en la comuna.

hacer, excepto ser desagradable. (...) Meditábamos mirando al muro y haciendo cánticos, pero lo único que significa eso es que nos criaron para estar aquí y ahora y ser compasivos”. En otra entrevista de 1994 recordaba un pase de películas caseras en casa de unos vecinos: “Para esas películas mis padres nos habían pintado la cara, y me dibujaron un ojo enorme en la frente. Un tercer ojo. Y creí que lo habían hecho porque estaban avergonzados, porque no tenía una visión interna. Como si fuera la única cría del vecindario que no la tuviera. Que me lo habían pintado para que no se enterasen los vecinos”. En el colegio de Newport, Kristin conoció a la que no tardaría en convertirse en su mejor amiga: Tanya Donelly.

La familia Donelly ya llevaba unos años asentada en Rhode Island pero antes de eso se habían recorrido América en un Land Rover, dirigiéndose a San Francisco en un arrebato de motivación por conocer el epicentro de la contracultura tras el Verano del Amor ya que, como los Hersh, eran unos *hippies*. En 1971, tras vivir una temporada en el conocido barrio de Haight-Ashbury, regresaron a casa desencantados. “Había muchas drogas y cosas sexuales involucradas [en el estilo de vida *hippie*]”, decía Tanya en 1992, “hasta el día de hoy las drogas me ponen intensamente nerviosa porque mis padres tomaron muchas”. Aun así, siempre ha elogiado la labor de sus progenitores y cómo la animaron a ser ella misma. Richard Donelly y su mujer Kristin se habían conocido en una reunión de la iglesia en 1965, cuando ambos eran unos adolescentes de dieciséis años. Él era músico y fontanero cuando empezó en la empresa de su tío y ella trabajaba como secretaria jurídica. “Mi padre era cristiano”, explicaba Tanya, “y mi madre llevaba una minifalda de cuero rojo, botas altas y medias de rejilla. Básicamente, ella le arrastró a él”. Tanya nació el 14 de julio de 1966 en Newport, antes de la aventura de San Francisco, y su hermano Christopher llegaría en 1970.

De su ciudad natal dijo una vez que era “una incómoda combinación de turismo, pescadores, artesanos y borrachos. Siempre me quedaré en New England. Me gusta la gente de aquí y la tierra es preciosa. Es una cultura muy específica”. Un sábado en octubre de 1973 la llevaron al Centro Cívico de Providence (Rhode Island) a ver su primer concierto. “¡Vi a Liza Minnelli con mis padres y estuvo fantástica! ¡Se cambió de ropa al menos una docena de veces! Recuerdo que fue la primera vez que pude entrever lo que era la ironía, por cómo se lo estaban pasando mis padres. Eran chavales felices y lo estaban disfrutando porque era divertido. Incluso teniendo siete años, yo podía apreciar qué intención tenían los chistes”. En casa, y en el reproductor

de ocho pistas del Volkswagen Escarabajo, Richard solía poner a The Faces y a The Rolling Stones mientras la madre prefería a The Beatles y a Joni Mitchell, aunque lo que mejor recuerda Tanya es el sonido de *Harvest* de Neil Young en el tocadiscos cuando la ponían a dormir.

Habiéndose criado en un ambiente distinto al de la mayoría de familias, donde se sentía libre y muy protegida, a Tanya se le hizo muy difícil integrarse con el resto de niños cuando empezó a ir al colegio. “Vomité durante todo el primer curso. Al final me trasladaron a un rincón, lejos de los otros estudiantes, que a veces se ponían enfermos viéndome”. Instintivamente, actuó de la manera que le resultaba más cómoda para sobrevivir dentro de su acentuada timidez: siendo tan invisible como podía y acotando su presencia a la de una *voyeur*, una rebelión enmudecida que no se correspondía con su comportamiento dentro de los márgenes del hogar, donde no era en absoluto una niña callada. Cuando coincidió en el colegio con Kristin, cada una reconoció en la otra algo de quietud, una tregua en un entorno diligente en su severidad. “Recuerdo que Tanya intentó convencerme de que dejase de hablar con mi acento, supongo que se sentía mal porque seguían moliéndome a palos”, dijo Kristin. Según Tanya su amistad se fortaleció cuando tenían unos ocho años: “Era muy romántico porque yo tenía una mejor amiga, y ella también, así que nos escapábamos como amantes. Las niñas son muy territoriales con lo de la mejor amiga”. A las dos las echaron de las *brownies*³ al cabo de un año de entrar, a Tanya por haberse apropiado de dinero de sus fondos por presión de otras compañeras y a Kristin porque “simplemente era idiota, tenía una mala actitud. Yo no tenía la actitud de una *brownie*”. “No quería que mis padres se enterasen de que me habían echado”, recordaba Tanya en 1988. “Llevaba el uniforme al colegio y luego caminaba durante dos horas. Era la Brownie Solitaria”.

Fue a los nueve años cuando Kristin empezó a ponerse pesada con su padre para que le cediese su guitarra, que siempre había estado expuesta en el salón con la advertencia de que no podía tocarla porque no era un juguete. Las canciones le parecían algo cada vez más fascinante, quería entenderlas desde dentro y componer las suyas. Un tiempo atrás él ya le había enseñado todos los acordes que sabía y cuando a Kristin le supo a poco, acabó por darle esa Yamaha acústica con cuerdas de nailon y le sugirió que se inventase los acordes, un consejo valioso que encendió su creatividad

3. Chicas exploradoras, *scouts*.

y personalizó su estilo más adelante. Kristin intentaba explicarle a Dude que experimentaba sinestesia musical, que para ella cada acorde era de un color. Le gustaba mucho tocar melodías, así que las primeras canciones que se inventó, según ella, parecían indias. Acabó tomando lecciones de guitarra clásica durante unos años pero le temía a la paradójica domesticación que implicaba dominar los aspectos reglados de la guitarra, así que tuvo que *desaprender* para desplazar los márgenes hacia donde estaban antes, cuando cogía el instrumento sin saber muy bien qué hacer con él.

El alucinado sueño que los *hippies* tenían para el futuro inmediato de la humanidad fue erosionándose al estrenar los años 70, quedando sus valores y energías canalizadas en otras formas subculturales que recogían su testimonio. Los cambios también llegaron a los matrimonios Hersh y Donelly a mediados de la década. Ambas parejas se divorciaron y el cisma modificó la estructura de las dos familias más allá de lo obvio cuando el padre de Tanya inició una relación sentimental con la madre de Kristin, que acabaría en nupcias años más tarde, con lo que pasaron a ser hermanastras (o *gemelastras*, como llegaron a llamarse entre ellas) y a convertirse definitivamente en inseparables. Fue durante el doloroso proceso del divorcio cuando, animado por un amigo, Richard Donelly se presentó a una audición para una compañía local de teatro, consiguiendo el puesto y llevando a partir de entonces dos carreras paralelas, la de fontanero de día y la de actor de noche.

“Dios, sí, Kristin y Tanya hacen que me parta”. Lo dice Kim Deal, bajista de Pixies, cuando su grupo está girando con Throwing Muses por el Reino Unido la primavera de 1988 y los Stud Brothers (del periódico musical *Melody Maker*) les están acompañando para hacer un reportaje. “Han tenido las vidas más raras, son muy raras. Tanya me contó una historia sobre cómo participaron en segmentos del Captain Kangaroo Show⁴ (...) y de cómo era la gente de perversa allí. Solo tenía doce años. Dijo que había algo raro, un chaval era alcohólico, otro era un pederasta, alguien se había suicidado —era ‘raro’, ¿vale?—. En una escena le dijeron que tenía que pelar un plátano delante de la cámara. Tenía que mirar hacia arriba —deberías ver cómo lo hace, igualmente aún parece que tenga doce años— y tenía que pelar y comerse el plátano. Era perverso”.

4. Programa matinal infantil que se emitió en la cadena CBS desde 1955 a 1984. El actor Bob Keeshan era el Capitán Canguro y en el programa se mezclaba la emisión de series de dibujos animados con la representación de cuentos con marionetas o actores, entre otras cosas.

El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

© del texto: Estanislaó Solsona Isaac, 2018

© de las imágenes: sus autores y archivos correspondientes (colección del autor)

© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2018

Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

© Diseño de maqueta: Pilar Júlvez

Primera edición: octubre de 2018

Impresión:

Arts Gràfiques Bobalà, S L

Sant Salvador, 8

25005 Lleida

www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-836-0

DL L 1015-2018

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.